



LOS PELIGROS DE LA MAXIFALDA

WASHINGTON.—Me he abstenido de hacer comentarios sobre la maxifalda, con la esperanza de que iba a desaparecer. Pero como cada día veo más, no puedo callarme por más tiempo.

No soy precisamente un mojigato en cuestiones de ropa femenina, pero cuando las señoras de buena familia comienzan a enseñar sus tobillos en público, es que algo marcha mal.

Nuestra sociedad no está preparada para la maxifalda. La impresión de ver a una dama de buena posición pasear por la Quinta Avenida de Nueva York, con la parte final de sus piernas sobresaliendo de la falda, puede destruir la moral de la nación. ¿Cómo puede un hombre concentrarse en su trabajo cuando es deslumbrado por el vergonzoso espectáculo de unas mujeres que muestran la parte más baja de sus piernas frente a cualquier hijo de vecino?

Un tobillo bien formado induce malos pensamientos en cualquier hombre normal, y las mujeres que llevan maxifalda están excitando y provocando, sin saberlo, a los hombres. Confieso que hasta alguien como yo, que ha llevado una existencia pura y monástica, encuentra difícil contener su admiración al ver una maxifalda. Se enseña demasiado para poder resistirse. Sólo con una gran fuerza de voluntad he podido resistirme a la tentación de levantarme y tocar para ver que aquello era verdad.

Lo peor, para todos los hombres, es el momento en que la mujer con maxifalda se sienta. La falda resbala y entonces vemos parte de las espinillas. Y, aunque lleve medias, el efecto puede enloquecer a un hombre.

Más de una vez he visto a mujeres que, a propósito, levantan la falda dos, tres y hasta cuatro centímetros sobre los tobillos, con coquetería, sin pensar en las consecuencias. No se dan cuenta de que con este atrevido gesto el hombre que las ve se siente inclinado a besarlas.

Al considerar el daño que las maxifaldas están causando, no hablo sólo en mi nombre. Tengo un amigo que no puede dictar cartas a su secretaria desde que ella usa maxifalda. Cuando se sienta, cruzando las piernas y enseña las botas, mi amigo se pone nervioso. Ya le ha dicho que si continúa usándola tendrá que despedirla. Conozco a otro señor, de reputación impecable, a cuyo nombre jamás se ha asociado el más leve escándalo, que subió al coche de la esposa de un amigo suyo. Para conducir mejor, ella se subió la falda. Alguien los vio y mi amigo quedó tan comprometido que tuvo que irse a vivir a otra ciudad. Estoy seguro de que hay casos, muchos casos, semejantes y que las maxifaldas han destruido más de un hogar feliz.

El peligro mayor de la maxifalda es que si se acepta, los modistas se animarán y, poco a poco, irán acortándola. Este año se enseñan los tobillos; el año próximo, la parte inferior de las piernas, ¿a dónde vamos a parar?

A menos que paremos la tendencia y rechacemos la maxifalda como inmoral, nuestras mujeres se convertirán en objetos de exhibición... Porque, después de todo, a pesar del estricto clima moral en que ahora vivimos, no somos de piedra...

(Copyright 1969, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service Inc.—Agencia Zardoya.)

Los Panteras Negras trataron de lanzar, entonces, otro programa menos comprometedor —la creación de dispensarios médicos gratuitos

en los barrios negros—, pero sólo pudieron montar unos pocos, debido a la escasez de sus medios económicos. ■M. H.



Hospital para drogados

EL MILAGRO DE DAYTOP

Daytop es una comunidad de fines terapéuticos que funciona como una comuna popular y en la que se cuida, haciéndoles vivir juntos, a los drogados, principalmente a las víctimas de la heroína. Daytop fue fundada en Nueva York, en Staten Island concretamente, en 1964. Desde 1958 existen comunas similares en la costa californiana, entre otras, los establecimientos de Synanon. Lo que les interesa es triunfar donde la ley y la represión policíaca han fracasado siempre, lo mismo que la medicina oficial. En los hospitales se reemplaza oficialmente la intoxicación de la heroína por otra, la de la metadona, que es un narcótico sintético. De este modo, el drogado ya no tendrá que robar para financiar sus compras de heroína; pero se convierte en un enfermo incurable controlado, que, en todo caso, puede readaptarse socialmente, pero que sigue siendo un intoxicado en toda la extensión de la palabra, puesto que depende de una droga. En Daytop no hay ni policías ni psiquiatras ni droga sustitutiva. No hay vigilantes ni vigilados. Y la gente se desintoxica. Para mí esto es un milagro. Tenía ganas de ver nuevos métodos de aproximación terapéutica. En el psicoanálisis, el

terapeuta nunca está implicado respecto a su cliente. En Daytop he hallado una aproximación que se sitúa al nivel de la relación con terceros. Del amor. Cada cual es el terapeuta del otro. Antes no conocía la droga. No hablo, naturalmente, del haschisch o de la marihuana, que he fumado, «como todo el mundo», en Estados Unidos. Pero durante mi estancia allí he tomado LSD y probablemente no volveré a tomarlo, salvo, eventualmente, pequeñas dosis de 50 microgramos. Lo he tomado dos veces. Una, 250 microgramos, y la otra, 500. Pero no quiero volver a correr riesgos, aunque sean mínimos. Cuando lo hice me interesaba demasiado el tema, y no me arrepiento, porque se trata de una experiencia fantástica. Pero en lo que se refiere a la heroína, siempre me he resistido, es francamente peligroso.

Cuando llegué a Daytop y les dije que era un psicólogo se rieron. No sienten el menor respeto por la medicina del «establishment». Rápidamente me convertí en su «hermano». Me quedé allí ocho días y luego comprendí que si quería comprender realmente no debía seguir siendo «el invitado». Me instalé en

un dormitorio colectivo donde quedaba una cama libre y empecé a trabajar en el lavado de platos. Este empleo, lo mismo que la cocina, el secretariado, la administración, la jardinería, la limpieza, es desempeñado por los residentes en período de desintoxicación, incluido el director hasta noviembre de 1968. Esto es lo más característico de esta comunidad terapéutica, inventada por los drogados, dirigida y explotada por ellos. En noviembre de 1968 hubo un giro a la izquierda. Daytop, que hace cuatro años tomaba como modelo al «buen americano», empezó a interesarse por el «Che» Guevara, por los Panteras Negras. A contestar el «establishment». El día en que un residente escupió a la bandera americana llegó el escándalo. El consejo de administración, que hasta entonces no había dado signos de vida, que se había limitado a su papel de proveedor de fondos, se sintió comprometido y cerró la cuenta bancaria. El director se fue dando un portazo y el 80 por ciento de los miembros de la directiva le siguieron. Desde entonces se han producido protestas de todo tipo, inspecciones sanitarias, encuestas de las compañías de seguros; se han usado todos los medios administrativo-policíacos para hacer expulsar por la fuerza a los residen-

tes de Daytop. Sin embargo, todos los sábados por la noche la casa está abierta al público. Ese día se habla y se baila, se acoge calurosamente a todo el mundo...

La gente llega a Daytop cuando está harta de ser perseguida por la policía, de pasar por los hospitales psiquiátricos, de robar para comprar la dosis diaria de heroína. Un grupo de ocho residentes interroga al recién llegado. No valen trampas. Algunas veces el recién llegado no es aceptado inmediatamente, aunque no se le rechace. Se le pone a prueba. Cuando se le acepta, durante los ocho primeros días no se le deja solo un momento, ni siquiera cuando va al excusado. Todo el mundo le ayuda. Al otro lado de la puerta, siempre abierta, está la libertad. Es tentador. Naturalmente, los hay que se van. Pero lo peor que puede ocurrir es que le expulsan a uno. Esto puede suceder si se habla de droga o si se tiene un gesto de violencia física. Cuando alguien se va se le da medio dólar para el «metro»... Las sanciones son impuestas por un grupo disciplinario compuesto al azar con los que pasan por el pasillo. Yo mismo he participado en alguno de ellos. En cuanto a la sexualidad, se considera que es asunto de los residentes al final de la cura. En la primera parte de la es-

tancia ni siquiera el «flirt» se tolera. El reglamento prohíbe aislarse. Todo el tiempo libre debe pasarse venciendo el temor a los demás y hablándoles. Pero no se puede pasar más de media hora en grupos de dos, ya que, en caso contrario —y por eso están prohibidas las relaciones sexuales—, se crea una célula que permite resistir a la comunidad. Si no se acepta la relación permanente es que se tiene miedo. Tres veces por semana, durante cuatro horas, se celebran reuniones de grupo, de una docena

de personas. Y luego están los maratones, que tienen lugar una vez al año. Duran veinte horas, durante las cuales todo el grupo se centra en una persona antes de desplazar su atención a otra. Se instala un «buffet» en la sala. Pasadas veinte horas se va a dormir durante seis, y luego hay una nueva reunión de ocho horas. Al final, todas las barreras han caído. Ya no hay más que relaciones de amor. El fin ha sido alcanzado. Cada uno es vulnerable respecto a los demás. ■

JACQUES DURAND-DASSIER

Economía española

¿UN NUEVO PLAN DE ESTABILIZACIÓN?

A raíz de las medidas adoptadas recientemente, ha dejado de ser un rumor para convertirse en una evidencia el intento de frenar la tendencia expansiva de la economía española experimentada durante los últimos meses. En otros términos, nos encontramos de nuevo ante uno de esos «planes de estabilización clandestinos» —en la medida

en que puedan disimularse las evidencias— que han jalonado el crecimiento económico de los años 60, constituyendo ya, sin duda, una de las técnicas que mejor se dominan —aunque sólo sea por la frecuencia de su aplicación— en los centros de elaboración de la política económica española actual.

En efecto, no resultan, en abso-

LOS «HIPPIES» Y EL CRIMEN

Primero se habló de «hipsters». Era un vocablo robado por los poetas (Gregory Corso) al hampa. Un «hipster», en el argot neoyorquino, podría ser un especialista del hampa. En el lenguaje «beatnik», el «hipster» era aquel que sabía, aquel que poseía el don misterioso del lenguaje, de la poesía. «Hippy» es un diminutivo de «hipster». Un diminutivo al mismo tiempo cariñoso, que rebaja la calidad de sapiencia del «hipster» y también su edad. Los «hippies» son los hijos de los «beatniks» (espirituales). Buscan una cierta forma de inocencia. Tienen algo del cristianismo original —la comunidad, el amor al prójimo, el pacifismo, la no violencia—, algo del budismo «zen» (el ascetismo, la paciencia, la sensibilidad). Repudian la sociedad en que han nacido. Quieren librarse del pecado original: no el de Adán y Eva, sino el de sus padres, el de sus abuelos. El pecado de genocidio, el del hambre que pesa sobre el mundo, el de las bombas atómicas, el del trabajo esclavizante, el de la adoración del dinero. Lo buscan por el camino de la evasión: la droga, el sexo libre, la naturaleza, el cuerpo desnudo, las flores, la pasividad. Estos seres hirsutos que se denominan a sí mismos «hijos de las flores» o «pueblo feliz», no tienen nada en sus doctrinas ni en sus vidas que les emparente con el crimen de que fueron víctimas Sharon Tate y sus compañeros. Los que lo cometieron pueden haber sido reclutados de entre los «hippies», término bastante genérico, bastante amplio, indiscriminadamente aplicado a todos aquellos que viven en cierta promiscuidad, dejan crecer sus cabellos, rasguean una guitarra y viven perezosamente: es decir, de un tipo de seres que ha existido siempre. La facilidad de dictamen de la sociedad con este motivo es simple. Quiere significar que aquellos que eluden las reglas, que se evaden de las normas, han de terminar siempre en el mal, aunque su propósito sea el bien. En la sociedad organizada no puede haber más bien que el que está codificado. Quien lo busca por fuera irá necesariamente al mal. Es un dogma conservador. El fenómeno «hippy» es un fenómeno inquietante. Se puede temer que no sea constructivo —no ya en el sentido de la sociedad, sino tampoco en el de la renovación, la reforma, la adaptación de la sociedad—, se puede sospechar que el paso adelante en el camino de las drogas habituales —la marihuana, más allá del tabaco; los ácidos, más allá del alcohol— sea grave y aun muy grave, sea auto-



destruivo. Considerarles delincuentes contra los demás, considerarles homicidas o ladrones es incoherente. Puede haberlos entre ellos, y probablemente en menor medida que los que haya en otros grupos que se consideran integrados, que están incluidos en la sociedad. No se puede caer en esta trampa. En el movimiento «hippy», como en todos los que parten de una ideología, hay que repudiar aquello que es repudiable —según la moral y la óptica de cada uno—, hay que asumir y aceptar aquello que es aceptable. Puede haber quien lo acepte todo o quien todo lo repudie. Pero que sea por lo que son los «hippies» en sí, por lo que representan, por lo que cantan y proclaman, por lo que escriben y por lo que hacen. No por un suceso en el que se quiere elevar a general lo que es un acto particular. La parte menos pura de una sociedad conservadora que se defiende trata de explotar este suceso, y muchas personas, aun partiendo de la buena fe, lo amplifican y lo expanden. En este mismo número, un reportaje del periodista Telesio Malepina describe y analiza nuevamente el suceso. Las referencias que hace en él a los «hippies» deben entenderse estrictamente en este sentido.